



avanzó en línea recta hácia Valran con una increíble ligereza, y, no hallándose mas que á cinco ó seis pasos, se desplegó en órbitas; despues se irguió sobre ella misma dispuesta á dar un salto. Resonó un tiro; pero la bala no la tocó; pasó un segundo mas largo que un siglo; la serpiente, cada vez mas furiosa, oscilaba y se lanzaba sobre el cazador, cuando una bala la alcanzó en el cuello y la derribó medio muerta en el suelo.

—Dejemos ese horrendo monstruo agitarse en su agonía, exclamó Jorge queriendo arrastrar tras sí á su padre.

—¡Abandonar á los gusanos un cuaima! replicó Valran. ¿No sabes que los cazadores mas determinados jamás se han

atrevido á aceptar un desafio de este formidable adversario? Lo llevaré á Europa como mi mas precioso trofeo de caza.

Al hablar así, el demasiado audáz Valran, que habia visto tantas veces la muerte cerca de sí sin temerla, se acercó á la serpiente, la dió muchos golpes vigorosos en la cabeza y la cogió por el cuello, tratando de leer en el rostro de su hijo la impresion que le producía el terrible reptil.

Pero acabemos esta escena, que debia tener un final tan fatal.

El cuaima por un supremo y último esfuerzo, se retorció súbitamente sobre ella misma y mordió en la mano al temerario cazador, que lanzó un grito, vaciló y perdió inmediata-



Sobre una mesa gesticulaban muchos músicos burlescos.

mente el sentido. El veneno tuvo una accion casi fulminante: tres cuartos de hora despues, el viejo montañes habia cesado de vivir.

Vagó algun tiempo Jorge á través de los bosques presa de un terrible y punzante dolor. Cumplió los últimos deberes con su padre, y volvió en seguida á Aspinwal á fin de anunciar la noticia á la hija del señor Valran; empero inútilmente llamó á la puerta de su habitación: la señorita se hallaba en el baile.

Al pasar por una plaza, fijóse su atencion sobre una singular aglomeracion de negros de ambos sexos en derredor de una mesa, sobre la que gesticulaban muchos músicos burlescos. De repente la orquesta rompe sin la menor señal, y el pueblo se conmueve, se agita y se pone en movimiento.

SEGUNDA SERIE.—1863.

La danza preludia al principio sonidos armoniosos, cuyo compás va acelerando. Poco á poco aumentan las entonaciones; el violín chilla; el clarinete exhala sonidos mas y mas agudos; silban las flautas; redoblan los tambores, y los cánticos se transforman en diabólicos clamores. Un gran negro balancea á compás dos botellas llenas de clavos, y parece el genio de aquella satánica escena; pero los bailarines se animan progresivamente, se exaltan, se embriagan con sus propias contracciones: se agitan sus brazos en todos sentidos, sus piernas tropiezan, vociferan, saltan, brincan, se atropellan, caen al suelo, se agitan con horrendas convulsiones, y la frenética rueda continúa siempre mas frenética y mas endiablada que nunca.

Cuando los bailarines molidos, rotos, fatigados caen en

AÑO XXI. 24

el suelo, se los arrastra fuera, mientras otros se precipitan á ocupar su lugar.

Fijando sus miradas sobre aquel tropel, descubrió Jorge á la joven mulata, en medio de aquel torbellino humano, y se lanzó hacia ella.

—Señorita, la ruego salga vd. aquí. Su padre ha muerto hace tres días.

La mulata, paseando sus extraviados ojos sobre el joven, respondió que lo ignoraba, y no oyendo mas que la pasión furiosa del baile que se había apoderado de su existencia, volvió á mezclarse á la rueda con nueva agitación y demencia.

No podía Jorge creer en semejante aberración del corazón, en un olvido tal del sentimiento filial, que esplicó solo por aquella extraña embriaguez en que entonces se hallaban sumergidos aquellos groseros hijos de los trópicos.

Alejóse de aquel horrendo sitio del placer con el corazón mas traspasado de dolor que nunca, y á la mañana siguiente el paquete le transportaba á Europa.

EL JUBILEO.

¡Ah, Jerusalem! ¡Ojalá vengan á tí y te se postren los hijos de aquellos que te abatieron y besen las huellas de tus pies todos los que te insultaron.

El origen del jubileo se remonta á los primeros siglos de la era cristiana.

El pontífice Bonifacio VII fué su fundador.

Por los años 1297 y 1298, el papa anunció á los fieles que el primer día del siglo IV, se abrirían las puertas de la basílica de San Pedro, en cuyo interior tendría lugar para los peregrinos la gran fiesta de la absolución.

En efecto, á media noche en punto, mas de cincuenta mil forasteros inundaron las calles de Roma dirigiéndose al templo, en donde debía tener lugar el principio del año santo.

El vicario de Jesucristo declaró conveniente una reunión igual en cada siglo, y la dió el nombre de jubileo, derivado de *jobel*, que en el hebreo quiere decir *trompeta*, por convocarse al pueblo á son de clarines en el primitivo tiempo de Israel.

Durante el primer jubileo, doscientos mil romeros visitaron la capital del mundo cristiano.

Clemente VI dispuso en 1342 que la santa ceremonia se celebrase de cincuenta en cincuenta años, para que pudiese asistir cada generación y ningún fiel quedase privado de la posibilidad de verle.

Desde el día de Navidad de 1349 hasta el domingo de Pascua siguiente, se contaron en Roma un millón doscientos mil peregrinos.

Urbano VI en bula de abril de 1386, declaró que habría jubileo de treinta y tres en treinta y tres años.

En el quinto siglo se celebró cada veinte y cinco. Desde entonces se han ido sucediendo sin interrupción hasta 1800,

en cuya época Pío VI no creyó oportuno abrir la puerta santa.

En 1825 se celebró bajo el pontificado de León XII, y el último año en 1850 siendo papa el actual Pío IX.

Esta es la historia de la institución del año santo.

Empero la solicitud del padre de los fieles, juzga imposible la asistencia de todo el orbe católico á la capital del universo, y de aquí proviene el número sin fin de jubileos especiales que se han concedido á los templos del verdadero Dios.

El que se celebra hoy en el santuario de Ciurana tiene lugar todos los años.

LA VIRGEN DE LAS MISERICORDIAS.

Si del bello sol la aurora
sois en el mundano suelo,
la Madre sois en el cielo
del Hijo de Dios, señora.
Y si la culpa traidora
funesta nos fuera un día,
oh, dulcísima María
sereis nuestra salvadora.

Son las tres de la mañana.

Un ambiente glacial se desliza sútilmente entre blancos celajes y el débil crepúsculo hace ya perceptibles las sombras.

La noche me ha negado sus favores y el sueño ha huido de mis párpados. Una mano misteriosa ha abierto sin ruido las puertas, y me he encontrado en la calle sin pensar por donde dirigir mis pasos en la oscuridad.

Sentado en la piedra, humedecida por el rocío, voy contemplando á la antorcha celeste, cuya luz palidece en el centro de la esfera, mientras los astros brillan desmayados á través de una gasa de niebla, y el silencio llama á la meditación.

Cuando el alma se agita en el fastidio y en el aislamiento; cuando el corazón cuenta sus latidos cuyo eco repite la tumba; cuando los ojos, opacados por el sufrimiento, lanzan sus miradas á ese inmenso espacio de azul y oro que Dios ha creado para dejar entrever la sonrisa de la felicidad; ¿por qué no ha de llorar en este valle de desengaños aquel que no halla consuelo para su dolor? ¿Qué busca la criatura sensible sino el amor de otra que la comprenda?

El bálsamo que la humanidad prepara al individualismo bajo el supuesto de cicatrizar sus heridas, es la esponja de vinagre; la copa del agua del Jordán es un inmundo vaso de hiel; las palabras melosas del siglo son pronunciadas por labios cuya boca respira la fetidez, y el porvenir de los pobres de espíritu es sombrío como una noche de tempestad. El ser manso y humilde es vendido por la codicia y azotado por la crueldad; el público estúpido le obliga á salir al balcón de la injuria con la corona de espinas en su frente, y a calumnia compra la pluma del juez ínciuo que atropella á la inocencia.

Únicamente el Altísimo envía su gracia á aquellas víctimas por medio de los ángeles, y los que son el escarnio, la befa y el ludibrio de la depravación social, alcanzan el consuelo místico de la religión, porque no á todos es dado conocer á la virtud bajo la corteza mundana.

Mientras me voy engolfando en recuerdos que amargan á mi alma, pasan los momentos, y á través de largas filas de olivos voy llegando á la orilla de un pequeño arroyo, cuyas aguas murmuran á mis oídos un nombre misterioso.

Enfrente percibo la grandiosa mole de arena, en cuya cima, la Madre de los mortales tiene un asilo para los que persiguen el odio y la perversidad.

La roca se destaca taciturna y lóbrega bajo las cortinas del firmamento, y una mala senda que serpentea de abajo arriba, conduce al peregrino hasta la capilla de la Virgen. El camino está solitario, desierto la campiña y la voz humana todavía no despierta al eco de las montañas. Escepto el silbido vigilante del mirlo, el grito chillón del gallo y la melodía del pitirojo, cualquier otro sonido parecería profano en la aurora de un día de primavera. El rumor de mis pasos no turba el canto de las aves madrugadoras, y el horizonte va estendiéndose á medida que la luz de la mañana se esparce por la atmósfera.

Solo, inspirado y lleno de fé, acabo de llegar á la alta roca de Ciurana, en cuya aldea no sale el humo de sus chimeneas, no ladran los perros, ni canta el gallo doméstico. Al extremo de la poblacion, al borde de un abismo, se eleva muda y modesta la antigua mezquita árabe, que la piedad del siglo XIII convirtió en santuario bajo la invocacion de la Madre de las Misericordias y cuyo título han justificado las generaciones testigos de tantos prodigios.

La iglesia está vacía y cerradas las puertas. Mientras duermen los moradores del lugar me he sentado sobre la peña con los pies suspendidos en el espacio, teniendo á doscientos metros de profundidad la corriente del río.

He meditado sobre el *ayer*, *hoy* y *mañana*.

La tristeza ha entrado en mi corazón.

¡Oh eternidad! ¡Oh tiempo! El tiempo no existe. Es el vacío de lo pasado, la imagen engañosa del porvenir. ¿Dónde está ayer? ¿Dónde encontraremos el hoy? ¿Qué será mañana? La fé, el deseo y todas las sensaciones de mi alma están concentradas en una sola idea, en un solo objeto. ¡A qué número invocaré para sentir la inmortalidad, el poder y la felicidad!

¡Gran Dios de los desgraciados! Verbo encarnado que derramaste la sangre para redencion del primer pecado, movido á lástima por nuestra flaqueza humana! ¡Hijo de Dios que escogiste la vía del Calvario en tú existencia mortal! ¡Espíritu de caridad que perdonaste á la Magdalena por lo mucho que habia amado!

¿Dónde estás tú que ocupas la inmensidad para que yo sienta tu soplo consolador? ¡Ah, sí! Tú omnipotencia tiene la mano en un miserable sitio de pino, y desde aquel trono místico concedes la paz á las tribulaciones, el olvido á la culpa y el triunfo á los sufrimientos.

¡Oh cuán dulce es amar y creer... en este siglo de dudas y de ironía!

Dame tú bendición Señora de los patriarcas y déjame aspirar en mi pecho el hálito de la predestinación.

Mis ojos buscan ansiosos al Criador en sus maravillas.

Hacia el Sur veo las nubes suspendidas como sábanas mortuorias que ondulan encima del vasto cementerio que llaman mundo. Las estrellas parece tienen hoy un brillo fúnebre como los blandones del féretro. La luna va á declinar á su ocaso y toma un tinte amarillo, como las rosas de luto que los orientales colocan en las urnas cinerarias. La

aurora asoma lentamente en la sierra de *Gallican*, y al No roeste alza su frente parduzca la cordillera del *Monsant*, cuyas enormes rocas figuran caprichosas sílfides recostadas en divanes agrestes sostenidos por gigantescos paraninfos que gimen á sus pies. Hacia el fondo del valle se delinean los contornos de bosques, alamedas y matorrales. La corriente del Ciurana forma irregulares curvas como una franja de plata movable que tiran los genios. Y la estrella inconmensurable del espacio, el orgulloso *Syrius* va desapareciendo como el vapor de un buque lejano.

Ha pasado media hora y las puertas del templo están abiertas de par en par.

He penetrado solo en el santuario. El agua de la pila ha mojado mi frente y el ardor de la fiebre ha desaparecido. Encendida está la lámpara y su resplandor ha iluminado á la Reina de los ángeles en su altar cubierto de flores. Yo tambien me he atrevido á ofrecerla *rosas* que he colocado á sus plantas.

Postrado sobre las losas de un sepulcro, tengo debajo mi presente, á los restos de lo pasado, y ante mis ojos el misterio del porvenir. A la mente se me presenta el terrible problema de la eterna union ó de la eterna separacion de los seres. ¿Cómo ha de juzgar nuestra limitada razon ese caos de la fé? El alma no es capaz de ello. El corazón siente la verdad de Dios, porque es el órgano del amor. El hombre insensible nada cree: el que es muy sensible lo cree todo. En ese dilema se funda la diferencia de los dos sexos. Esa hermosa vision de la inmortalidad me arrebató, pues la veo escrita en los rayos de gloria de la corona de María, y me figuro oír la armonía de los coros celestes en el canto de los pájaros madrugadores.

Educado por padres piadosos respiré con el primer ambiente el aroma de esas sencillas tradiciones, que forman las delicias religiosas del hogar domestico. En mi infancia fuí llevado por la mano al altar de la Virgen y bajo su amparo pusieron mi inocencia. He adorado á las imágenes; he creído en los milagros; me he postrado ante el rey de reyes y he dicho á mi orgullo:

¡Dios te oye!

En mi juventud, aunque hayan desaparecido las nimias supersticiones de las familias ignorantes, en el torbellino del gran mundo, el Dios ha sido siempre el mismo.

¿Quién es el desgraciado que se atreve á llamar flaquezas humanas á la dulce creencia de los misterios?

El siglo ha colocado al ser sensible bajo la planta metálica del hombre razonable y ha olvidado al corazón, á esa preciosa entraña que ama y llora. El entendimiento es falible, mas el corazón no puede engañarnos. El nos inspira la fé y nos hace sentir la *revelacion* de nuestra *regeneracion* por medio de un emblema en que la víctima fué un *cordero* y el sacrificio un patíbulo.

¿Qué le queda al corazón en el final de un drama de luto y de sangre, en el cual un verdugo inmola á un mártir? La plegaria. Para las almas dotadas de exquisita sensibilidad, la plegaria es necesaria como el aire que respiramos. La plegaria es el incienso universal, el aroma de la flor vi-

tal, el perfume que desde la tierra llega al cielo y es grato al Señor. Dios ha dado á las criaturas la plegaria para que se comunicasen por medio de ese lenguaje místico, para unirse la divinidad con los mortales por medio de esa cadena invisible que constituye al Altísimo en eslabon, porque la gratitud es la mayor virtud celestial. Ha concedido esa gracia expansiva para que con ese murmullo continuo de oraciones se vea obligado á la misericordia, y sobre todo para evitar la desesperacion del fastidio en el aislamiento ó en la adversidad.

La tierna inspiracion de la Iglesia católica ha escogido á la imagen de la Virgen para intercesora con su divino Hijo, entre su omnipotente justicia y la corrupcion humana. ¿Qué mas bella alegoría pudo inventar el neo-platonismo en comparacion de la ternura de la mujer para aplacar la ira del vengador?

¡Oh, Madre de los desamparados! Aquí, en un altar de madera desnuda, adoramos tu esencia, tu pureza, tu gloria en forma material! ¡Tú que en el empuje estás sentada sobre un trono de cristal! ¡Tú, que tienes al sol de la eternidad por antorcha en el cielo, al mundo por pedestal, y por cúpula de tu santuario la inmensidad azul del firmamento! ¡Oh, Virgen del dulce consuelo! acoge benigna mis lágrimas. Demasiadas hay entre los vivos para que les manifieste el rocío de mi dolor en medio del ambiente de sus vicios. Se morirían de mis suspiros.

Los que han sufrido la calumnia y la injusticia en el penoso camino de la sociedad, son los que se acuerdan del pesebre de *Belen* en medio de sus necesidades, del cáliz de *Getsemani* durante la tortura, de la túnica blanca de *Herodes* en el día del escarnio, del pretorio de *Poncio Pilato* cuando son víctimas de un juez incógnito, y de la cruz del monte *Moria* al entrar en la cárcel.

Ellos son los que teniendo lástima de los detractores, de los falsos testigos, de los malvados, imploran el perdón de Dios para el hijo perverso que maltrató á su padre de palabra y de obra hasta romperle un brazo; para el defraudador de los intereses del prójimo; para la familia incestuosa; para el magistrado hipócrita y para las lenguas de la maledicencia.

Ellos son los que apostrofan á la mujer del aliento fétido con las palabras de *Jeremias*.

•Et extenderunt linguam suam
•quasi arcum mendaci et non veritatis.
•Confortati sunt in terra
•quia de malo ad malum egressi sunt
•et me non cognoverunt: dixit Dominus.

Acaba de llegar á mis oídos un gemido débil y prolongado como el aura armoniosa del arpa. Mi corazón ha palpitado de fé, y todo el cuerpo se ha estremecido de dolor. ¿Quién eres tú que suspiras? ¿Acaso el espíritu del amor baja de lo alto para conmovir los seres y conducirlos al inapelable tribunal de la penitencia? ¿Es por ventura el quejido angustioso de una alma tímida, martirizada por el asco material y la repugnancia intelectual? Sé quien eres, conozco tu infortunio, y lo siento porque no puedo disponer de la mano divina para derramar un rayo de gracia sobre tu dolor. Los que han apurado la copa de la amargura viven separados en el círculo humano, uniéndose sus radios en el centro, que es el sepulcro. Pero las fibras de diferentes seres simpatizan en

todas latitudes y en distintas épocas, por medio de corrientes magnéticas, que los da á comprenderse mutuamente hasta su fin que comunmente es el *Calvario*.

El sol ondula sobre la cumbre de la *Gritella*.

La campana del jubileo lanza á los espacios sus monótonos planidos.

La luz melancólica de la lámpara va muriendo, al parecer ahogada por el resplandor de esa áscua de fuego que el Todopoderoso suspendió en el vacío. Arden ya las velas en el ara y llega la hora en que la piedad acude á la mas santa de las ceremonias católicas, al mas interesante sacramento de la Iglesia, al pie de la cruz del Dios-mártir, para recoger cada una su partícula de aquella sangre pura, que fué derramada en espiacion del pasado, en redencion del presente y en preservativo de lo venidero, de las faltas del género humano.

Aquí, en esta capilla pobre y desaliñada, hoy, la inefable gracia del Espíritu consolador bajará para conceder á los fieles, no aquella tregua de intereses efímeros que instituyó por medio de Moisés en el *Sinai*, en el jubileo de la ley natural, sino toda la plenitud del poder en lo infinito de su amor.

En la ley de gracia todo es completo y grandioso como el mismo *Eterno*: es el perdón incondicional de las penas, que el dedo de la justicia infalible tenía señaladas en el reloj sin principio ni fin, cuya péndula en su oscilacion da que temblar á los ángeles: es el olvido de los agravios que la criatura pecadora ha inferido á su Criador, todo comprendido en esa expresion profunda y mística, que la Iglesia denomina *indulgencia plenaria*.

En la capital del mundo católico cada veinticinco años se oye la voz de feliz augurio, que anuncia la celebracion del año santo, de la época digna de los mas religiosos sentimientos, durante cuyos días de llanto y de penitencia, acuden á la silla de San Pedro mas de un millon de pecadores, inspirados por la fé, á quienes se ofrece los eficaces auxilios de la reconciliacion y gracia para la salvacion de sus almas.

Aquí, en la pequeña y desconocida Ciurana, quiso también la providencia, por mano de su mediador, marcar un día en todos los años para conceder al santuario de la Virgen uno de sus privilegios y galardones, como goza la primera basílica de Roma. En este sacrosanto día que podemos llamar tiempo de dicha y de mercedes, después de las calamidades que vamos lamentando en ese mar de delirios, se felicita la congregacion de fieles de encontrar una pausa en los brazos de la *Madre de esperanza*, y se prepara para las borrascas que amenazan á la sociedad. Hoy se abren las fuentes de aquel bálsamo celestial que calma la sed de las fiebre de los deseos; hoy, como el rocío de mayo, caerá ese maná formado de la sangre y cuerpo de Cristo, lavado por los méritos, tribulaciones y virtudes de su pasion, salpicado con las gotas de los mártires.

Hoy la clemencia soberana, anticipándose con su bendiccion, quiere que el poder divino entre por todas las partes de su cuerpo místico; de modo que, gracias á la unidad de la fé que obra por medio de la caridad, se ayuden las abundantes riquezas de la misericordia con mútuo con-

curso y con la saludable union de los bienes espirituales, y que, mediante el precio inestimable del Gran Sacrificio, alcancen los cristianos la remision de la pena temporal, que como nos enseña el concilio de Trento, no siempre se perdona enteramente por el sacramento de la penitencia como se borra con el agua del bautismo.

Escuchen, pues, las palabras de los labios que el Señor inspira, y oigan con gozo el clarín que anuncia al antiguo condado de Prades el sagrado jubileo, que la amorosa prevision del Vaticano ha concedido á la capilla de la roca de Ciurana, cuya patrona es la Madre del Redentor.

Venid, venid á este símbolo de la santa Jerusalem, á este templo, figura microscópica de la catedral del Príncipe de los apóstoles; á este peñasco, sobre cuya cúspide se venera la imagen de la Inmaculada Virgen.

Venid y orad por la ciudad, donde el aspecto de los muros, de los altares, de las iglesias, de los sepulcros santificados, de todo cuanto se presenta á los ojos, imprime en el alma algo sagrado, como lo experimentan cuantos visitan la ciudad de las ruinas del gentilismo y de los milagros de la fé.

¡Orad, orad!

Ha llegado otra de las épocas de prueba. Desde el pontificado hasta el último sacerdote, desde San Juan de Letran hasta el altar rústico de la Australia, todos y todo tiembla al oír el rugido del dragon, que atiza la tea de la calumnia, enciende la persecucion, declara guerra al prójimo y prepara la peste.

La mano impía y profana cierra la puerta del enfermo al Pan eucarístico, aparta del moribundo al consuelo sacramental, maltrata al padre, deshonra á la esposa y dá ejemplos infeuos al hijo.

En cada aldea escoge el infierno una familia, de la cual, como de un árbol de maldición, nacen las ramas corrompidas que producen la manzana de ceniza, el racimo de la mentira, el grano de la maledicencia y la flor hedionda de la blasfemia.

Pero el brazo que hirió á *Juliano* no envejece; la mano que abofeteó á *Antiocho* no muere; la espada que hirió á *Sennacherib* no enmohece, y el fuego que abrasó á *Pentápolis* nunca se apaga.

El espejo de la suprema justicia, que venga á la inocencia oprimida, está en el suicidio, en la demencia, en la esterilidad, en la desesperacion y en los vicios.

Mas vos, Señora, que desde el solio estrellado mirais con ojos de compasion las miserias de los mortales, apartad del orbe católico esa lepra de la iniquidad. Y si los altos juicios del Legislador Celeste nos envian la calamidad, la tribulacion y los improperios en justa espiacion de las culpas humanas, cúmplase su santa voluntad. No ha de ser nuestro orgullo mas egoista que la resignacion de vuestro Hijo. Pues él aceptó la corona de espinas, no hemos de pedirle de laurel: él murió perdonando en la ignominiosa cruz, nosotros sufriremos las adversidades, sin enfriarse la llama de la fé en el corazon.

Madre de las misericordias, de Vos me despido con la alegría de que siempre me habeis protegido sin abandonarme; y á Vos sola debo los consuelos que he sentido en mi alma como rayos de divina felicidad.

Madre mia, conoceis que mi gratitud es profunda, aunque no la que os es debida por la gracia que me habeis concedido en el mundo. Señora, tened compasion de todos.

El día avanza y yo voy regresando de mi romería.

En el cauce del arroyo me he lavado las manos. El agua presente pasa rápida llevándose el pasado, y el olvido estiene de su manto en la corriente.

Me he sentado recostándome contra el tronco de un enebro.

En las ramas del arbusto hay un nido de pardillos; y la madre vela por sus pequeñuelos, chillando de árbol en árbol.

Una pequeña serpiente sube callada y enroscada para devorar la cría del pájaro. La avecilla, al divisar la cabeza traidora de la culebra cerca de sus hijos, duplica los lamentos, da el grito de llamada, agita las alas revoloteando; tan pronto eleva su cabecita roja como implorando el amparo del cielo, y en seguida me dirige miradas de dolorosa desesperacion.

Sicut fecit absque liberis mulieres gladius tuus,
sic absque liberis erit inter mulieres mater tua.

esclamé con el *Espíritu* y quebranté la cabeza del reptil.

Cuando llegué al término de mi viaje, el sol lucia sobre el horizonte; los peregrinos hormigueaban en direccion al santuario de la Virgen y la campana tocaba á la fiesta.

Volví la vista á la roca de Ciurana y la ví iluminada por los rayos del astro diurno. Todas las aves entonaban sus cánticos y la naturaleza ofrecia por ambos lados estensas praderas de esmeraldas salpicadas de amapolas que parecian gotas de sangre.

Ciurana 14 de mayo, de 1863.

F. FERRANDIS.

PÁGINAS SUELTAS.

I.

EL NOMBRE EN LA MUJER.

Dicese que el nombre no hace á la cosa, y sin embargo, con respecto á la mujer no puede decirse lo mismo, sino todo lo contrario, porque en la palabra *mujer* parece que se ha querido representar la naturaleza, la reproduccion, la vida; y el hombre, dándola nombres patronímicos, se los hace perder en nuestra sociedad.

Dios concede todo á la mujer: nosotros la quitamos hasta el apellido y la hacemos adoptar el nuestro.

No entraremos en la cuestion etimológica del nombre de mujer: seria tarea larga y quizá enojosa para nuestros lectores, pues tendríamos que aducir textos chinos, hebreos, griegos, y manifestar por qué los primeros la llamaban *Niú*, porque los segundos *Ischa* y los terceros *Gynè*. Orígenes tenemos mas modernos de donde poder partir, y así veremos que muchos etimologistas derivan el nombre de mujer de la palabra latina *femina*, queriendo significar, segun algunos, la familia, porque la mujer es su origen y el vínculo que la une.

La palabra *mujer* significa en unos paises la criatura débil, en otros la productora, en muchos la bondadosa, y en todos la destinada á formar la base de la felicidad social; ya

neutralizando en unas partes los feroces instintos del hombre, ya dulcificando en otras su rudeza, y ya constituyendo en todas la familia, que es el primer grado de la sociedad humana.

Segun Cornelio Agripa, el nombre de mujer es sin comparacion mas escelente que el del hombre; porque al llamar Dios á éste Adán y á la mujer Eva, quiso significar en el primero á la tierra, y en el segundo la vida; y siendo la vida un bien mas precioso que la tierra, es una consecuencia lógica que la mujer lleve preferencia al hombre.

Pero llevando la cuestion á otro terreno, veremos que el nombre que se daba á las mujeres en lo antiguo, era la personificacion de sus cualidades y perfecciones. Por esto el nombre de Noemi, significa el esclarecimiento de la belleza; el de Susana la pura flor brillante, y así otros muchos. Los árabes sobre todo hacian ostentoso alarde de su galantería, y los nombres de las flores, de los astros, de cuanto bello hay en el mundo, tenían su significacion en el nombre que daban á las mujeres (1).

Entre los romanos las hijas tomaban el nombre del padre; Virginia, Julia, Octavia, eran las hijas de Virginio, Julio y Octavio.

El apellido no era algunas veces mas que una espresion de amistad, tal como hoy se prodiga á los amigos ó á los hijos; siendo algunas veces el monumento de un gran recuerdo. Sila para perpetuar la memoria de su ventura, que hizo la desgracia del mundo y avergonzó á los dioses, dió á su hija el apellido *Fausta*.

Los atenienses prohibieron por una ley que el nombre de la madre pasara á los hijos.

Lo contrario sucedia en otros puntos, donde el hijo tomaba el nombre de la madre, y ésta, y no el padre, transmitian al hijo los derechos de ciudadano libre. Esta costumbre fué establecida en recompensa de un gran servicio prestado en lo antiguo por las mujeres, cuyas plegarias libraron á su país del fuego enviado por la venganza divina.

En otros pueblos toman los hijos el nombre de la madre, cuando la paternidad es incierta.

En las glorias del mundo, en ese banquete de la vanidad mas ó menos justa, no tenia asiento la mujer; y para que heredase el trono, han sido precisas guerras y revoluciones. La mujer era de peor condicion que el último de los hijos; sin derechos á heredar, estaba siempre sometida al orgullo, al capricho del hombre que traficaba á veces con su mano y su corazon, ó la sumergía despechada en un claustro donde consumia su existencia en lágrimas y dolores.

La sociedad es hoy mas razonable, aunque no enteramente justa; y si concede mas derechos á la mujer, si la distingue mas, todavia se ve predominar nuestro orgullo, nuestra fuerza.

Si en algunos puntos como en las islas Azores, esa colo-

nia portuguesa, no deja la mujer su nombre al casarse, en otros, la mujer de un hombre llamado por ejemplo *Caro*, la llaman la *Carota*, y así en los demás.

Esto es injusto y hasta humillante. Pero aun en nuestra ilustrada sociedad, ya que la vanidad une los cuarteles en el mismo blason del marido y la mujer, ¿por qué la ternura no debía unir igualmente sus nombres?

Cuando la mujer toma el de su marido ¿por qué el marido no añade al suyo el de su mujer? En Génova y en algunas provincias de Francia se sigue este uso voluntario, que la ley debía consagrar y hacer universal.

Un apellido colocado antes del nombre de familia designaria al célibe; dos nombres de familia reunidos distinguirían al hombre casado. A la ventaja, añade E. Salverte, de separar así dos posiciones, de las cuales debe ser la una alentada y tratada la otra con poco favor, se añadiría la de recordar sin cesar la familia en la cual el esposo se había honrado al escoger su compañera.

Costumbre que bendeciría la sociedad por lo que la moral ganaba y ensalzaba el prestigio de la mujer.

II.

LA COQUETERIA.

En todas las estaciones y en todos los sitios halla la coquetería el principal teatro de sus glorias.

No sé quien comparó la coqueta á un conquistador, demostrando su paridad en que ambos se proponian un fin sin reparar en los medios; pero considero algo fuerte la imágen para admitirla. Es opinion mas generalmente establecida, y en especialidad entre los que juzgan bondadosamente á la mujer, la de que la coquetería no es mas que el deseo de agradar.

De falsa califican algunos esta idea; porque dicen que el deseo de agradar es un sentimiento natural, que nace de la necesidad de vivir en sociedad y que inspira el atecto, la indulgencia, la cortesanía, todas las virtudes, en fin, y todas las atenciones que las personas desean encontrar en sus semejantes.

Segun otros, la coquetería es el deseo de inspirar amor sin sentirle.

No es en verdad muy piadoso este deseo; ¿pero es solo la mujer quien le tiene? ¿No existe la coquetería, considerada de este modo, mas que en esa preciosa mitad del género humano? Justo sería creerlo así; mas no es mi objeto discutir este punto por ahora.

Preciso es, aunque triste, reconocer que entra por mucho la vanidad en la coquetería, porque no es otra cosa ese deseo en la mujer de aparecer siempre bella, de que se le diga que lo es, de que se la prefiera á todas, de abrogarse ese derecho esclusivo, egoísta, de que todos la rindan homenaje, pidiendo una pasion por una sonrisa, una felicidad por una promesa irrealizable.

La mujer, cuya vida suele resumirse en un deseo, el de agradar, hace de la coquetería el arma poderosa con que lucha para cumplir su destino. El mal está en que en vez de procurar solo vencer, emplean armas con que ofenden; mas o hacen esto todas, y en ello está su gran talento.

La coquetería forma el adorno, el encanto de la sociedad, siempre que no juegue con el corazon, siempre que no escite pasiones que no ha de curar. Por eso puede mirarse la

(1) Significacion de algunos nombres árabes:

Redhuja, dulce ó agradable.

Nocina, graciosa.

Sobeiha, aurora.

Zahina, florida.

Naziha, deliciosa.

Ommalisam, la de los lindos collares.

Ancina, fiel.

Zaida, dichosa.

Sobua, blanca como la leche.

coquetería bajo dos aspectos: la que perjudica y la que agrada. La primera es fuente de mal; la segunda ameniza la sociedad y la vida.

Aun considerando la coquetería no como una inclinación natural, sino como un arte, ¿podrán condenarse los medios que ponga en juego para cautivar un marido?

Seguramente que no: á los que tanto declaman contra la coquetería, á los que dicen que se enojan las coquetas de la vida sedentaria, del trabajo manual, del silencio, de la economía, del reposo de los campos, de los cuidados de la familia, y que solo les son familiares la mentira y la calumnia, la indiscreción, la astucia y la perfidia, les contestaremos que estas no son coquetas, sino criaturas que merecen mas compasión que desprecio, porque la mujer que falta á cualquier deber social, se falta á sí misma. Esto sería profanar la coquetería dándole atributos que no puedan pertenecerla.

Una mujer de esta especie no recibiría las atenciones de los hombres honrados, sino de los necios y de los malos. El hombre busca primero en la mujer la práctica de todas las virtudes, y en ella está el demostrarlas, no haciendo ostentoso y vano alarde, sino practicándolas.

Se ha hecho de la coquetería el abuso que se hace de todos los nombres. De la palabra francesa *coquetterie* que significa parecer bien, y gracia seductiva, deliciosa y encantadora, se ha deducido la de coqueta, que expresa la mujer presumida, ligera, inconsecuente y veleidosa.

No es coquetería el engañar á los hombres; esto es una falta ó mas bien un vicio.

El error está en confundir lo que no puede confundirse jamás. Si algunas jóvenes tratan de hacer mérito de su coquetería y distribuyen su corazón cual moneda, el arrepentimiento y las lágrimas son el premio que recogen, porque la mujer no debe jugar con el fuego, así como no debe interesar nunca su corazón sin el consejo de la prudencia, de la razón y de la conveniencia.

Débil, necesitada de apoyo: ¿qué la espera si abdica ligeramente de sus sentimientos?

Muéstrese la mujer ante el hombre como debe ser: luzca sus gracias, sus encantos, su instrucción, constituya el adorno de la sociedad, y sea la admiración de su sexo y del nuestro.

III.

PENSAMIENTOS SOBRE LA COQUETERIA.

A lo que acabamos de manifestar sobre la coquetería, añadamos algunos de los mas notables pensamientos que sobre la misma han emitido distinguidos escritores de uno y otro sexo.

En cortas líneas se emite siempre un pensamiento sublime que no necesita ser enaltecido por las palabras. Encierran todo un libro, y por esto se detiene uno reflexionando sobre ellos.

Los pensamientos son las flores de la imaginación; y las flores no necesitan hojarasca para lucir. Así ofrecemos en este capítulo una guirnalda de bellísimas flores; sin que nos quepa otro mérito que el haberla tejido.

Citaríamos gustosos á todos los autores, pero no recordamos el nombre de algunos, ignoramos el de otros muchos, y ya fuera en notas ó en el texto daría pesadez tanta cita. Beauchene, Larocheffoucauld, Florian, Adelina, La

Bruyere, y otros y otras son sus autores. Dicen así:

—La coquetería no es siempre un buen guía para las mujeres, pero les da frecuentemente buenos consejos.

—El mayor milagro del amor es curar la coquetería.

—La envidia es destruida por la verdadera amistad, y la coquetería por el amor.

—Las mujeres deben mas arte á la coquetería que á la naturaleza.

—Mas fácil es sorprender á un centinela enemigo que á una coqueta.

—La coquetería para muchas mujeres es un sexto sentido mas activo que los otros cinco.

—La coqueta piensa que en el amor como en la guerra son permitidas todas las astucias.

—Los almacenes de modas pueden ser mirados como los arsenales de la coquetería.

—La francesa, fria por temperamento y coqueta por vanidad, desea mas bien brillar que agradar: busca la distracción y no el placer.

—Si las mujeres coquetas supieran el desprecio que inspiran en los hombres sensatos, se estremecerían al solo deseo de identificarse con tal carácter.

—El adorno en las mujeres no es mas que un suplemento á las gracias de la persona, y una confesión tácita de que tienen necesidad de recursos para agradar. La verdadera coquetería es algunas veces esmerada, nunca fastuosa.

—Las mujeres empiezan á corromperse por la coquetería, la ociosidad y el lujo: los hombres terminan su obra por la galantería.

—Las mujeres deben á los hombres sus defectos, sus extravagancias y aun su coquetería.

—La señora de Coigny ha dicho que una coqueta que toma un amante, es una soberana que abdica.

—Las mujeres se pierden por la sensibilidad y se salvan por la coquetería.

—El corazón de una coqueta es un palenque abierto por todas partes: en él se admite á todos los que se presentan, cuidando, sin embargo, no conceder el premio de la lucha sino á aquel de los campeones que no ha tenido otro arte que saberla agradar ó herir su vanidad.

—Las coquetas hacen gala de ser celosas de sus amantes para ocultar que son envidiosas de las otras mujeres.

—No todas las mujeres conocen toda su coquetería.

—La coquetería es un gusto que no se pierde con la edad. Hay la misma coquetería á los veinte años que á los sesenta: varían los fines.

—La coquetería es á veces un pensamiento para las que quieren permanecer fieles. Hacen nacer un pensamiento para tener el placer de combatirle; pero son presa frecuentemente de los lazos que han tendido.

—La coquetería es innata en las mujeres, pero no la practican todas, conteniendo á algunas (á las mas sensatas) el temor ó la razón.

—Es tan natural la coquetería en ciertas mujeres, que nada les cuesta satisfacerla; el reposo, la vida, hasta el honor de los hombres, todo les es indiferente en tanto que encuentren adoradores. Quieren agradar á todos sin amar á ninguno. Hacen un juego de sus rivalidades, de sus pasiones, de sus tormentos, sin pensar mas que en multiplicar las cadenas en vez de dulcificarlas. Su gloria es hacer esclavos mas bien que dichosos.

—La coquetería da mas pesadumbres á una coqueta que el amor.

Mas presentariamos sino temiéramos la pesadez, pero basten los espuestos. Ni los admitimos ni los rechazamos to-

dos. Sean jueces nuestras lectoras, y escoja y aprenda cada una los de su mayor agrado, los que estén en armonía con sus sentimientos.

A. P.

LOS SIETE PECADOS CAPITALES.



Los siete pecados capitales. Composicion de L. Breton.

Sometemos al fallo de nuestros lectores y lectoras este enigma al lápiz, imitado de Grandville, en el que cada uno hallará de fijo su compartimiento y quizás sus compartimientos, si el amor propio no le ciega.

¿Quién no tiene algun vicio en este pícaro mundo? como decia Talleyrand.

Es verdad que á él se le atribuian todos, y en prueba de

ello citaremos el dicho del duque de S^{...} al ofrecerle un polvo de tabaco.

—¿Lo usais, príncipe? le dijo presentándole la caja.

—Gracias, señor duque, contestó Talleyrand; no tengo ese vicio capital.

—¡Oh! replicó el duque, si fuera un vicio capital ya lo tendríais!...